

Augusto Ferrero

Gottschalk en el Perú

Estudio sobre la estada del gran compositor y pianista estadounidense en nuestra patria el siglo pasado

En 1862 culminó una etapa de la historia del Perú al terminar don Ramón Castilla su último período presidencial. Lo sucedió don Miguel San Román, después de ganar las elecciones al ex presidente Echenique, quien había sufrido maltratos en el anterior gobierno. San Román enfermó y murió a los cinco meses de ejercer el poder. En gesto ejemplar, estuvieron a su lado, simultáneamente, Castilla, Echenique y Vivanco, a la sazón rivales encarnizados. Falleció en los brazos de Castilla, como Leonardo de Vinci en los de Francisco I de Francia, según el célebre lienzo de Ingres que se encuentra en Clos Luce, mansión aledaña al castillo de Amboise, en el valle del Loira. Hermosa página de concordia en nuestra historia. Castilla asumió el mando por ser el militar de más alto rango, entregándolo seis días después al segundo vicepresidente Pedro Diez Canseco, quien

estaba en Arequipa. El primer vicepresidente Juan Antonio Pezet se encontraba en Europa y regresó a asumir el mando cuatro meses más tarde.

Al siguiente año, curiosamente, dos ex presidentes de la República, Ramón Castilla y José Rufino Echenique, presiden, respectivamente, las cámaras de senadores y de diputados. En 1865, Miguel Grau, entonces de 21 años, fue arrestado en Plymouth, Inglaterra, cuando traía la corbeta de madera Unión, adquirida en Francia conjuntamente con su gemela América, después de haber sido construidas para los Estados norteamericanos del Sur. Desencadenado el conflicto con España, ese mismo año se firma el Tratado Vivanco-Pareja, que provocó disturbios y manifestaciones contrarias. Diez Canseco asume el mando político de la insurrección, con anuencia de Prado, avanzando con su ejército hacia Lima, la cual es tomada el 7 de noviembre. Veinte días después, Prado es proclamado dictador.

En este momento de nuestra historia, el 18 de octubre de 1865, había llegado al Callao Louis Moreau Gottschalk, instalándose en el primer piso del mejor hotel de Lima. Sin duda, era el más connotado músico contemporáneo en América. Natural de Nueva Orleans, fue el primer gran pianista y compositor de los Estados Unidos. En las clases de piano que tomó en París, fue compañero de Camille Saint Saens, quien era un niño prodigio de siete años. La técnica brillante y la habilidad de Gottschalk para improvisar llamaron la atención, vaticinando Chopin que sería "el rey de los pianistas" y siendo calificado por Pleyel como el sucesor del propio Chopin. Berlioz, quien fue su mentor y amigo, escribió que era uno de los pocos que poseía los diferentes elementos de un consumado pianista. Tuvo clases de piano hasta los diecisiete años. Se vio obligado a dejar California por un asunto que apareció en los periódicos como que Gottschalk había

seducido a una joven novicia. Por ello, algunos reclamaron para él la pena de muerte. Lo calificaban de músico vagabundo. Hacía diez años que la prensa hablaba que partiría al Perú en busca de oro. Esta vez se cumplió. Se fue a Nueva York y después zarpó hacia el Callao.

Relacionando nuestro acontecer político comentado con la llegada al país de tan ilustre visitante, una noche de noviembre, que debe haber sido la del día 6, cuando estaba tocando el piano en casa de un músico, llegó un mensajero presuroso para anunciar que los revolucionarios se estaban acercando. Muchos de los concurrentes eran oficiales del ejército del gobierno, quienes salieron corriendo a reunirse con sus regimientos. A las cuatro de la mañana siguiente se despertó con el ruido de los combatientes. Sin temor, se vistió rápidamente, consciente de estar en el centro del combate. Escuchó el ruido de las espadas y los disparos, entrando una bala de cañón a la mansión. Fascinado por lo que ocurría, no se percató del peligro. Sentía las exclamaciones de los moribundos, ayudando a introducir a los heridos en el patio del hotel. En la tarde se supo que los revolucionarios habían tomado la ciudad. Indudablemente, este testimonio de un ilustre viajero extranjero sobre los avatares de nuestra vida política republicana resulta de sumo interés. Fiel a lo sucedido, el célebre *Diccionario de Música Grove* resalta que Gottschalk estuvo en el Perú en el medio de una revolución sangrienta.

Sus dos primeros conciertos fueron en el Teatro Principal —hoy teatro Segura— cuya fotografía ilustra este artículo. Fue tomada por los hermanos Courret en 1874, año en que fue refaccionado. Existía desde 1660, y según Basadre podía considerársele como uno de los más antiguos del mundo. Durante la ocupación chilena, fue reducido a cenizas el 15 de marzo de 1883. Observando la fotografía detenidamente, se aprecia un afiche pegado ya deteriorado por el tiempo, anunciando la

presentación del eximio ejecutante. En un excelente artículo titulado "Gottschalk en el oeste sudamericano", Robert Stevenson narra cómo los tres siguientes conciertos tuvieron que darse en el salón del Jardín Otayza, en la calle Capón. Este funcionaba a manera de los modernos clubes, ofreciendo a sus socios diversos servicios como biblioteca, sala de juegos, tiro al blanco, salón de baile y otras atracciones. En sus *Notas de un pianista*, Gottschalk nos narra que se vio precisado a subir los precios de las entradas de modo que sólo estuviesen al alcance de los privilegiados de la fortuna, evitando así el temor de la sociedad de Lima de entrar en ese lugar donde "todos los domingos las tapadas y sus amigos se daban cita para abandonarse a las tormentosas zamacuecas y otras danzas indígenas que, por pintorescas que fuesen, no eran las que las madres prudentes permitirían bailar a sus hijas". Escucharlo en ese lugar de dudosa reputación se puso de moda. Allí, se tocaron arreglos compuestos por Gottschalk para dos violines, armonio y piano, sobre un tema de *Un Ballo in Maschera*, el cuarteto de *Rigoletto* y la obertura de *Guillermo Tell*. Los hermanos Claudio —mi bisabuelo— y Reinaldo Rebagliati tocaron los instrumentos de cuerdas, el joven William Tate el armonio y el propio Gottschalk el piano. Después de ello, según cuenta Stevenson, probando su flexibilidad, los hermanos Rebagliati dejaron sus violines y se sentaron al piano para tocar junto con Gottschalk y Tate las marchas de *Tannhauser* y *Fausto* arregladas por Gottschalk, a cuatro pianos. Además, el genial músico norteamericano tocó en clubes y otros lugares. Basadre apunta que los socios del Club Nacional le regalaron una medalla de oro guarnecida con brillantes y perlas, durante un banquete digno de Lúculo que duró hasta las cinco de la mañana.

En el Callao, electrizó al público ejecutando variaciones de aires nacionales del Perú, número que Stevenson declara que no estaba impreso en el programa y que nunca se publicó.

El 20 de marzo de 1866 se embarcó en el Callao para Islay, pretendiendo de allí viajar en mula hacia Arequipa. Cuando le explicaron que el viaje sobre las montañas era difícil y que en aquella ciudad sólo encontraría un teatro sin techo para sus conciertos, siguió hasta Arica. Allí desembarcó, estando entre esta ciudad, aún peruana, y Tacna, dando conciertos en ambas. Sólo en mayo deja nuestro territorio hacia Chile.

La presentación de Gottschalk en Buenos Aires fue particularmente interesante, pues doce años antes se había presentado en esa plaza artística el gran Sigismond Thalberg. La comparación entre ambos fue hecha en un periódico del lugar, el cual decía que si mientras Thalberg hacía llorar con sus armonías celestiales, Gottschalk sacudía los nervios con sus violentas tempestades.

Existe una crónica que narra cómo Gottschalk y Thalberg, de quien nos hemos ocupado en un artículo anterior, tocaron conjuntamente en dos pianos en Nueva York, en 1856. A la sazón, el primero tenía veintisiete años y el segundo cuarenta y cuatro. Particular sensación causó un gran dúo para pianos compuesto por el primero en relación a temas de *Il Trovatore* de Verdi. El concierto fue extraordinariamente efectivo y creó el más grande furor y excitación. Mientras Thalberg ejecutaba en el medio del piano, Gottschalk volaba sobre todo el teclado, produciendo el más prodigioso volumen de tono jamás escuchado. Al día siguiente, el *New York Daily Times* editorializó que la ejecución había electrizado al público, que pidió el bis, a pesar de su larga duración y dificultad. Leyendo esta crónica, nuestra mente da rienda suelta a la imaginación para pensar qué extraordinario hubiera sido que la cronología hubiese permitido la participación de Gottschalk en el Hexamerón, conjuntamente con Czerny, Liszt, Chopin y Thalberg, quienes compusieron esta obra en 1837.

El artista acostumbraba a tocar dicho dúo de *Il Trovatore* al comenzar su primer concierto público en cada país, acompañado con el mejor pianista de la localidad como segundo piano. En el Perú lo hizo con Francesco de Paula Francia el 17 de noviembre de 1865. En la actualidad, esta partitura no existe, siendo quizás lo más próximo a ella el *Miserere du Trovatore*, Paráfrasis de Concierto, opus 52, que data del mismo año de la presentación en Nueva York, que recientemente ha aparecido en disco.

Otra de las características de dicho compositor era congrega el sentimiento nacionalista ejecutando su propio arreglo del himno nacional del lugar, lo cual hizo en Perú y Chile, habiéndose lamentablemente perdido las partituras. Paradójicamente, tocó una composición suya titulada "Alianza", en homenaje a la unión chileno-peruana, sin poder imaginar siquiera la conflagración que se daría entre los dos países catorce años después. El único tema de un himno sudamericano que ha sobrevivido es el del Brasil, sobre el cual compuso una gran fantasía.

Se quejaba de que las mujeres jóvenes que iban a sus conciertos lo distraían y lo hacían tocar notas equivocadas. Como es natural, le disgustaba que el público se quedara dormido. Una vez, según narra Rodolfo Barbacci, vio en primera fila a un caballero de indudable nacionalidad inglesa dormitando tranquilamente. Mortificado, desvió su improvisación hacia el himno inglés, el cual tocó sonoramente sobresaltando al durmiente-escucha. Logrado su propósito, regresó al tema que estaba tocando.

Gottschalk perteneció al grupo selecto de sureños que se opusieron a la esclavitud y su adhesión a la no secesión lo llevó a componer una paráfrasis de concierto en los aires nacionales "Star Spangled Banner", "Yankee Doodle" y "Hail Columbia", titulada *Unión*, que le tocó *performar* dos veces

ante el presidente Abraham Lincoln. Llegó a organizar conciertos con hasta seiscientos cincuenta músicos.

Curiosamente, Dvorak entusiasmó a los compositores americanos al hacer uso de las melodías y colores musicales nativos, como los que se encontraban en la música negra, los cuales inspiraron uno de los movimientos de su famosa *Sinfonía Nuevo Mundo*. Cincuenta años antes, estos motivos habían constituido la inspiración de Gottschalk.

Se dice que el éxito que tuvo Gottschalk usando motivos hispanos en su música –por algo fue protegido por la reina Isabel II y distinguido con la más alta condecoración–, motivó a Bizet a usar los mismos en su celebérrima ópera *Carmen* y que una de sus partituras inspiró a Borodin a escribir sobre el espíritu de su Rusia nativa.

El arte de Gottschalk se encuentra íntimamente vinculado a los pianos fabricados en Boston el siglo pasado por Chickering e Hijos. En las giras artísticas en Estados Unidos y Sudamérica, el pianista viajó acompañado de dos pianos construidos por dicha casa –descritos por él como dos mastodontes–, hechos especialmente para estas giras por el fabricante. Destacaba su preferencia por su tono fino y delicado, tierno y poético, pudiendo obtener tintes más variados que en otro instrumento. Precisamente, el Smithsonian Institution ha hecho una grabación de las obras del autor en uno de estos pianos que le fue donado en 1981.

En una ocasión, al presentar mi tarjeta en una tienda de documentos antiguos en Nueva York, repararon que en ella estaba consignado el distrito de San Isidro. Trajeron a mi atención una carta de Gottschalk de 1869, remitida desde ese lugar. Al darme cuenta que entonces el músico andaba entre Montevideo y Buenos Aires, reparé que debía referirse al barrio de esta última ciudad. Nos impactó la fuerza de su lenguaje y su crítica al lugar y sus habitantes. Se quejaba amargamente de las

peripecias que había pasado para trasladar su piano de un lugar a otro.

La última grabación de las obras de Gottschalk al piano nos trae una sorpresa: *Souvenir de Lima* – Mazurka, opus 74, de 1865. Compuso igualmente *souvenirs* de Andalucía, La Habana y Puerto Rico. La referida a nuestra capital tiene un aroma de Chopin. Según el crítico que escribe el comentario, “claramente Gottschalk tuvo un tiempo infeliz en Lima, pues sus habituales altos espíritus son decididamente vencidos por destellos hasta de ira”. Probablemente, por ello la coda final termina con una cuerda mayor abrupta de desafío. Es menester aclarar que su angustia era endógena, pues después de sus conciertos en Lima vivió en Chorrillos, describiendo el lugar de hermoso, en la dicha de la ociosidad. Quizás ésta lo condujo a un estado depresivo, pues se consideró entonces derrotado como músico, desesperanzado como hombre e indiferente para vivir, como ha escrito Loggins, uno de sus biógrafos.

Gottschalk falleció a los cuarenta años en Río de Janeiro, donde había estado dando conciertos, tocando incluso para el emperador Pedro II, gran aficionado a la música que años más tarde, en 1876, conjuntamente con el káiser Guillermo, Tchaikovsky, Liszt, Bruckner, Grieg y Saint Saens, estaría presente en la inauguración del teatro de Bayreuth de Wagner, en el estreno de su tetralogía *El anillo de los nibelungos*. La muerte del músico norteamericano se produjo en 1869, veintidós días después de su último concierto en el Teatro de la Ópera de Río, en el cual se desvaneció comenzando la primera pieza del programa. Era su propia obra, una lamentación titulada *Morte*, escrita apenas un año antes. ¿Presentimiento del destino? Hace seis meses, en el estreno de la nueva producción de Janáček, *El Caso Makropulos* en el Metropolitan de Nueva York, el tenor Richard Versalle, de 63 años, subió una escalera y empezó a cantar un aria. La función recién se iniciaba. Comenzó a cantar

la estrofa: "Que pena que uno pueda vivir tan poco", cuando de pronto cayó de la escalera cuatro metros y fue encontrado muerto. Muchos pensaron que era parte del libreto. Desgraciadamente no. Era la vida misma. Que se esfumaba, para siempre.